

FRANK GRUBER

Autor de "El cáliz de oro" y de algunas de las mejores novelas detectivescas publicadas en Biblioteca Oro.

E L R E V O L V E R

Era casi un trozo de hierro viejo; pero en su interior dormía el alma de un asesino.

Con la mirada fija en el gran reloj de la oficina, John Parker cerró los libros de contabilidad, los fué guardando en los cajones y, en cuanto el reloj dió las doce levantóse y marchó hacia la puerta de salida. Fué entonces cuando su mirada tropezó con la del señor Wilton, el jefe de la sección de contabilidad. El señor Wilton miró luego hacia el reloj, pues no le gustaba que los empleados se dieran tanta prisa en abandonar el trabajo.

El incidente enfrió el entusiasmo de Parker. Durante toda la mañana había estado esperando la hora de salir a tomar el *lunch*. No solía ser de los que trabajan pendientes del reloj; pero aquel día había estado planeando especial y necesitaba aprovechar hasta el último minuto de los sesenta que se le concedían para tomar el *lunch*. Ahora, su alegría había sido estropeada. No podría disfrutar completamente de la subasta.

Era una subasta excelente. El domingo anterior fué anunciada en todos los periódicos. John Parker adoraba las subastas. Mientras en la Arthur Grain Company era un simple e indiferente tenedor de libros, en las subastas era

uno de los mejores pujadores. Era capaz de pujar doce veces y no ser cazado nunca. Poseía un instinto especial. Aunque vivía en una pequeña habitación, Parker era capaz de pujar con gran entusiasmo por un enorme armario de caoba, retirándose a tiempo, dejando que, al fin, su contricante se quedara con el armario.

Aquel día iban a venderse los objetos propiedad de un tal Harrison Phillips. John Parker ya sabía qué esperar. Viejos y sólidos muebles, libros polvorientos, un par de viejos y misteriosos baúles y algunas monstruosidades escultóricas. Parker necesitaba tanto eso como una cebra; sin embargo pujaría entusiastamente por todo cuanto se ofreciese, lo mismo que hubiera pujado por una cebra, y emplearía así los cuarenta y cinco minutos de que disponía, sin adquirir ni una sola cosa.

Eran, exactamente, las doce y seis minutos cuando entró en la sala de subasta, que estaba agradablemente llena de curiosos, y posibles compradores. A Parker le gustaba la competencia.

Encontró un puesto vacante en la primera fila y lo ocupó inmediatamente.